

bres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó; hizo que le administrasen los santos sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya se llegó*, dijo al P. Polanco, *id, y pedid al papa la bendicion para mí, y una indulgencia por mis pecados. Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana? Haced lo que os pareciere*, respondió el Santo, temiendo que si insistía en la órden se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un continuo éstasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendicion. Polanco fué con diligencia al palacio pontificio, y el papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; mientras tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de Maria, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el día último de julio del año 1536, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla estendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del P. Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que todos tres perdieron la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los Santos. En toda la ciudad de Roma solo se oían estas palabras: *Murió el Santo*. Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenían en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma S. Felipe Neri cuando murió Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida: decia que era un hombre todo lleno del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que él le habia enseñado á tener ora-

cion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se le hacia el oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del Santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa que hubiese usado el siervo de Dios. Hizolo el P. Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada día obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el día 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV, á ins-tancia del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con S. Francisco Javier, S. Felipe Neri, S. Isidro Labrador y Sta. Teresa, el día 12 de marzo del año de 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el día 19 de noviembre del año de 1597, en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el P. Tirso Gonzalez, décimotercio general de la Compañía de Jesus, dedicó al santo fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

SAN JUAN COLUMBINI, CONFESOR Y FUNDADOR DEL ÓRDEN DE JESUATOS.

ESTE Santo era descendiente de una de las familias mas antiguas y nobles de Sena; y electo primer magistrado de aquella república; desempeñó las obligaciones todas de aquel cargo con integridad y honor, y con gran satisfaccion de sus compatriotas. Pero estaba muy lleno de pasiones, y su corazon muy embebido en las cosas del mundo, y entregado á la confusion y multitud de sus negocios, vanidades y ambicion, de modo que apenas parecia tener lugar para respirar, y menos para pensar en la eternidad. Un día despues de haber estado toda la mañana decidiendo causas en su tribunal, se fué á casa muy fatigado, y no hallando la comida dispuesta prorumpió en una violenta pasion de ira. Su mujer puso en sus manos un libro de las vidas de los Santos; pero le arrojó en el suelo. En el mismo momento sintiéndose avergonzado de su misma pasion le volvió á levantar, y sentándose á leer le ocurrió la vida de Sta. María Egipcíaca. Leyóla con tan-

to gusto que no volvió á acordarse de la comida; y fué insensiblemente adquiriendo cierta cordial compuncion, y remordimiento por sus pasados crímenes y conducta abandonada; de modo que enteramente le vino á apartar del mundo.

Desde aquel mismo momento resolvió emprender una nueva vida, y para espiar sus ofensas abrazó las practicas mas austeras de penitencia. Renunciando sus empleos públicos invirtió la mayor parte de sus haciendas en limosnas, y conociendo que el primer sacrificio que Dios quiere de un pecador es un corazon contrito y humillado, sin el que nada le puede ser aceptable, gastaba su tiempo en lágrimas y oraciones. Vendió sus vestidos ricos, dando el dinero de ellos á los pobres para tener intercesores que mediasen ante el trono de las misericordias: se acostaba en dos tablas, velando gran parte de la noche en oracion, y su casa parecia haberse convertido en hospital, pues tan grande era el número de pobres y enfermos que mandaba llevar, y asistir en ella. Todo el país se admiró de tan gran mudanza, y de tan ejemplar penitencia; en cuyo modo de vida le acompañó Francisco Vicente, igualando en todo su conducta y sus acciones. Viendo un dia á un leproso á las puertas de la iglesia mayor, cubierto de úlceras y postillas, le cogió sobre sus hombros, y le condujo por las plazas públicas, acompañado de sus criados, y besándole en las mismas llagas, una despues de otra hasta vencer enteramente la repugnancia que la naturaleza misma inspira para tales acciones, y asistiéndole despues hasta que estuvo perfectamente sano.

S. Juan tenia un hijo y una hija. Al primero llamó Dios para sí con la muerte, y la última se consagró á Dios en un monasterio. Ya habia hecho el Santo, con permiso de su mujer, voto de perpetua castidad; y despues de haber dispuesto el Señor del modo dicho de sus hijos, vendió su hacienda, y dió una tercera parte á un hospital, y las otras dos á diferentes iglesias, y á los pobres. Reducido de esta suerte á un estado de indigencia igual á la de los Apóstoles, se dedicó al servicio del pobre en los hospitales, y á los ejercicios de devocion y penitencia, habiendo sido su ejemplo causa de que otros le imitasen en ellos. Era muy solícito en exhortar á los enfermos y á los pobres al verdadero arrepentimiento de sus pecados, y al fervor en el servicio de Dios; y la caridad y devocion con que les procuraba el remedio del cuerpo, daban una fuerza extraordinaria á sus exhortaciones. Llevados de un ardiente amor á su Redentor, á quien consideraba y servia en sus afligidos miembros, tenian estos tan frecuente en sus bocas el sagrado nombre de Jesus, que el pueblo

les principiò á distinguir con el nombre de Jesuatos. Mil y quinientas veces se halla repetido este adorable epiteto en sus pocas cartas. Aumentado el número de sus discípulos hasta cerca de setenta, les formó en órden religioso, bajo la regla de S. Agustín, y tomaron por patrono á S. Jerónimo. Dirigióse al papa Urbano V, en Viterbo, quien aprobó y confirmó su instituto en el año de 1367, y le concedió amplios privilegios. El fervor de sus discípulos fué tal que casi todos fueron colocados en el catálogo de los bienaventurados. El santo fundador cayó enfermo poco despues de la confirmacion de su órden, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, encomendando su alma á su Criador por la muerte y pasion de Jesucristo, y por aquella sublime recomendacion de su divina alma al Padre eterno en la amargura de su cruz, espiró dichosamente en 31 de julio de 1367, doce despues de su conversion, y solos treinta y siete dias despues de haber sido confirmado el órden por el papa Urbano V.

La misa es en honor de S. Ignacio, y la oracion la siguiente:

O Dios, que enviaste á la Iglesia militante un nuevo socorro por medio del bienaventurado Ignacio, para propagar la mayor gloria de tu nombre; concédenos, que peleando nosotros á ejemplo suyo, y mediante su intercesion en la tierra, merezcamos ser coronados juntamente con él en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 2 de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, y la misma que el dia xxvii, pág. 549.

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion. ¿A cual profeta no persiguieron vuestros padres? decia S. Esteban. Luego la virtud y la religion en todos tiempos fueron perseguidas. Esta persecucion es tan antigua como el mundo. La malignidad del corazon humano no puede sufrir la inocencia. Su primera víctima fué Abel. Todo el delito de José fué haber sido mas amable y mas amado que sus hermanos. ¿Qué Santo podrá estar á cubierto de la envidia, cuando no perdonó ni al mismo Jesucristo? Se puede decir que la persecucion es la herencia de los buenos; y es bien cierto que no siempre es la mas cruel la que viene por parte de los impíos. La mas sensible es la que escitan aquellos mismos que hacen

profesion de virtud, y debieran ser sus mayores defensores. Si una persona religiosa, vencida de la indispensable obligacion que tiene de aspirar á la perfeccion de su estado, se determina á observar con puntualidad sus menores reglas; mas resolucion y mas paciencia necesita para no ceder á la multitud de aquellos á quienes no agrada esta reforma. Los menos fervorosos, cuyo número suele ser el mayor en una comunidad, consideran aquella exacta reforma como una especie de tácita censura, y aquel fervor como una secreta reprehension de su tibieza; y no basta callar, vivir retirado, atender no mas que á su obligacion, y no ceder á nadie en humildad y en dulzura; la emulacion no se vence á fuerza de virtudes; dicen, que en aquella persona observante y fervorosa no se descubre mas que un espíritu de orgullo y de distincion; por su mayor observancia le llaman el nuevo reformador, que viene á turbar la comunidad y á inquietarla en la pacífica posesion de la tibieza. Hasta la estimacion que se hace de los buenos no pocas veces los da ocasion de nuevas pruebas. Hay en una comunidad un sugeto de singular virtud, mas humilde, mas mortificado que los otros, pronto á cualquiera cosa que le manden; bien puede esperar todas las ocupaciones de mayor trabajo; todo lo penoso y desagradable que se ofreciere se le encargará á él, y él cargará con los empleos á que se negaren ó se resistieren los imperfectos; se contempla poco su virtud por el concepto que se tiene de su mortificacion; en fin, nunca se verá sin perseguidores la fe de Jesucristo. Nació la Iglesia á la sombra de la cruz; con la Iglesia nació la persecucion; siempre el error hará guerra á la verdad; y mientras haya herejes, siempre tendrán que padecer los hombres apostólicos. Es menester, dice el Apóstol, que haya herejias entre vosotros, para que entre vosotros se reconozcan los que están bien probados. Húbolas, y las habrá en todos los siglos, y en todos serán perseguidos los verdaderos fieles por defender la verdad.

El Evangelio es del cap. 40 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir, y les decia: La mies es grande y pocos los operarios. Rogad, pues,

al Señor de la mies que envíe operarios á su hacienda. Id: he aquí que os envío como corde-ros entre lobos. No lleveis bolsa ni zurrón, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entrá-

reis, decid primero: Paz sea á su premio. No paseis de una esta casa; y si allí hubiese hijo de paz descansará sobre él la paz vuestra; pero si no se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen: porque el operario es digno de casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entréis y os recibieren, comed lo que os pongan delante. Y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

Que en todo se debe buscar la mayor gloria de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que Dios crió á todo este vasto universo y á todas las criaturas que se comprenden en él únicamente para su gloria. Cuando las sacó de la nada no se podia proponer otro fin. Luego que determinó Dios criar una criatura racional, esto es, capaz de conocerle y amarle, no pudo menos de querer que esta criatura lo refiriese todo á la gloria del Criador; es decir, que su entendimiento conociese aquel Sér infinitamente perfecto; aquel Sér soberano, independiente y todopoderoso; aquel Sér, principio y fin de todos los demás seres, y que su corazon le amase como su único y supremo bien; que ese entendimiento y ese corazon, caminando siempre de acuerdo por este motivo de religion, no se moviesen sino para hacer aquello que agrada á Dios; que nada deseasen tanto como ver santificado y glorificado su nombre en todo y por todo, y de ver entendido por todas partes el número de sus verdaderos fieles y de sus verdaderos adoradores. De este conocimiento y de este amor de Dios resulta necesariamente el respeto y la adoracion que se deben á este soberano Sér, objeto único y necesario de su admiracion, de su veneracion, de su consagracion y de su culto; único objeto capaz de contentar y de saciar su corazon, y único principio de la felicidad aun desde esta vida. No hay criatura en el cielo, no la hay en la tierra, que no nos esté gritando y advirtiendo este fin. Tienen los cielos su lengua, y con ella publican incesantemente la gloria del Criador. Ni es menos elocuente la tierra. No hay flor, no hay fruto, no hay planta, no hay yerbecilla que no nos anuncie la incomprendible habilidad, la infinita sabiduria y la omnipotencia del que la crió. ¿Qué hombre ni qué ingenio pudo, ni podrá jamás hacer el mas imperceptible mosquito, el mas vil insecto? la planta mas despreciable, la mas mínima hoja confunde y desespera toda la indus-

tria, toda la habilidad del mas diestro artifice. ¡O Dios mio, cuantos objetos publican nuestra nada, y nos predicán nuestra obligacion cuando nos ponen á la vista vuestro infinito poder! Todas las cosas nos están gritando que solo fuimos criados para glorificaros; es decir, todas las criaturas nos debén mover á conoceros; á amaros y á bendeciros sin cesar. Todas nos claman que solo nos disteis el uso de estas criaturas con la precisa condicion de que nos habian de servir de medio para reconocer vuestra bondad en tantos beneficios, y para obedecer vuestros preceptos. Usar en otra conformidad de estos beneficios es impiedad, y por decirlo asi es injusticia; todo nos debe llevar á Dios, y á Dios debemos referirlo todo, so pena de trastornar con culpable abuso el órden que él mismo estableció cuando nos crió. Bienes, talentos, salud, la misma vida, cuanto tenemos, cuanto somos, todo debe ser únicamente para gloria de nuestro Dios. Quanto hacemos, quanto emprendemos, quanto deseamos, no debe tener otro motivo que esta divina gloria. Esta fué la principal devocion de todos los Santos, y singularmente de S. Ignacio. ¿Pero es ésta la nuestra? ¿somos todos siervos de Dios? ¿trabajamos únicamente por este soberano Dueño? ¡Ah Señor, y qué pocos siervos fieles cuentas! ¿Merecemos nosotros este augusto título?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que esta es una ley de que ninguno está dispensado. ¡Pero cuántas veces la violamos abusando enormemente de las criaturas! Tenemos el uso de ellas, pero usurpamos la propiedad. ¿Es siempre aquel uso para glorificar al Criador? ¿es la gloria de Dios el fin de todos nuestros deseos, de todas nuestras acciones, como lo era de todas las empresas de S. Ignacio? Lloramos con razon la impia ceguedad de aquellas naciones insensatas que rendian á las criaturas el culto debido á solo Dios. ¿Somos nosotros menos insensatos cuando referimos á nosotros mismos lo que únicamente se debia consagrar á este Señor? Y cuando se examinan de cerca nuestros fines y nuestros proyectos; cuando se consideran los verdaderos motivos de todas nuestras acciones, ¿no se podrá decir con sobrada razon que colocamos nuestro último fin en nuestros intereses y en nuestra propia gloria? ¿nos proponemos por ventura otro en todo quanto hacemos? ¿acaso nos servimos de las criaturas precisamente para amar mas al Criador? ¿cuántas veces hemos sacrificado la gloria de Dios á la nuestra? Culto divino, intereses de religion, el mismo Dios, todo se pospone á nuestras pasiones y á nuestros intereses. ¿Se buscará únicamente la gloria de Dios

en aquel ardor, en aquella vivacidad con que se defiende la propia reputacion, y se corre ansiosamente tras de todo lo que lisonjea el amor propio? Esos esclavos de la fortuna, esas victimas de la ambicion y del interés, esas gentes del placer y de la diversion, esas almas terrestres, embriagadas con el amor de las criaturas, ¿buscan la gloria de Dios únicamente? ¡Oh, y cuánta verdad es que son pocos sobre la haz de la tierra los que no trastornan el órden de la Providencia por lo que abusan de los bienes criados! Hasta las mismas personas que hacen profesion de virtud, ¿será en todas ellas muy pura la intencion? ¿es siempre puro y limpio el zelo de los devotos? ¿no se insinúan hasta en el santuario el amor propio, el orgullo, el genio, y la propia estimacion? Si solo se busca la mayor gloria de Dios, ¿en qué consiste esa mayor inclinacion á tales lugares y á tales ocupaciones? ¿esa inquietud sobre el destino que nos darán? ¿esa visible aceptacion de personas? Cuando solo se busca á Dios, se encuentra gusto en los abatimientos, no se sienten los malos sucesos, y solo se atiende á la gloria de aquel á quien se desea agradar. Desconfiemos de todos esos trabajos apostólicos tan preconizados, de todas esas devociones un poco demasiado aplaudidas; una virtud oscura y despreciada tiene mucho valor; y es mas segura. ¡Oh, qué bello modelo de la pureza de intencion es toda la vida de S. Ignacio!

Purifica, Señor, mi corazón, abrásale con el sagrado fuego de tu puro amor, y solo buscaré tu mayor gloria. ¡Oh, y cuántos imperfectos motivos, cuántos fines terrenos se mezclan en toda mi conducta! Reconozco mis ilusiones, y las detesto; lleno de confianza en vuestra misericordia, estoy resuelto á no mirar otra cosa que á vos en los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS. — ¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra? (*Psalm. 72.*)

No, Señor, en nada buscaré mi gloria; sino la vuestra. (*Joan 8.*)

PROPOSITOS.

1 Suele ser la gloria de Dios un especioso pretexto de que se valen muchos para autorizar sus pasiones y para canonizar su amor propio. Emulacion, antipatia, venganza, orgullo, todo esto se cubre con tan religioso nombre para satisfacerse sin temor y sin remordimiento. El excesivo cuidado de la salud, el regalo, y hasta la mas refinada delicadeza, todo se reboza con tan respe-

table motivo. Sobre todo, la vanidad y la ambicion en los devotos de perspectiva no dejan de clamorear la mayor gloria del Señor, siendo así que ellas son el móvil de todas sus acciones; pero descubre Dios los verdaderos motivos: sucede á estos especiosos pretestos lo que al zelo falso, que engaña con apariencias de bien. Mira que las pasiones son ingeniosas, no quieras tú ser el juguete de ellas. Busca á Dios en todo lo que haces, y antes de emprender cosa alguna, examina bien á los pies del Crucifijo por qué motivo las emprendes, cuál es el verdadero fin. Para esto trae á la memoria el pensamiento de la muerte y de la cuenta que te han de pedir. Confieso que es fácil engañarse; por eso, para proceder con acierto, no determines cosa alguna de repente: comunica con sinceridad á tu director los movimientos de tu alma, y sigue su consejo, acordándote de lo que dijo Cristo á sus discípulos, que vendria tiempo en que cualquiera que los persiguiese juzgaria que en eso hacia un gran servicio á Dios.

2 Haz propósito todas las mañanas, al tiempo de ofrecer las obras del dia, de no emprender cosa alguna que no sea con la intencion de agradar á Dios únicamente, y de buscar su gloria en todas tus acciones. *Todo cuanto hicieris*, dice el Apóstol (*ad Colos.*), *ya sea de palabra ó ya de obra, hazlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, rindiendo gracias á Dios Padre por medio de él.* Glorifícase á Dios siempre que cada uno cumple con las obligaciones de su estado por agradecerle. Por aquí has de comenzar á buscar su gloria. Todo lo que se hace por Dios se hace con cuidado y con fervor. Procura que el mismo zelo y la misma aplicacion con que desempeñas tus obligaciones estén mudamente publicando que lo haces por Dios. Es muy provechosa costumbre decir al principio de cada obra: *Señor, esto lo emprendo á mayor gloria vuestra; dignaos echarlo vuestra bendicion.* No te niegues á ninguna buena obra, especialmente de aquellas que Dios te pone delante. Las mas oscuras son por lo comun donde se busca su gloria con mayor seguridad. Glorificamos á Dios con nuestros abatimientos y con el desprecio de nosotros mismos. En ninguna cosa resplandece mas la pureza de intencion, que da valor y mérito á las acciones, que en los servicios que se hacen á los menos agradecidos. ¿No corresponden á tus finezas? ¿no se hace caso de tu trabajo? ¿no se dignan ni aun de volver los ojos á tus sudores y á tus fatigas? pues trabaja entonces con mayor fervor y con mayor zelo; esta será la mejor prueba de que solo trabajas por Dios.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE JULIO.

| | PAG. |
|--|-------|
| DIA I.—San Casto y Secundino, mártires. | 6 |
| San Simeon el Simple. | 10 |
| San Aaron, profeta. | 17 |
| San Simon, labrador. | 21 |
| San Galo, obispo. | ibid. |
| El Evangelio y Meditacion: De la oracion vocal. | 24 |
| DIA II.—La Visitacion de la Santísima Virgen. | 29 |
| San Longinos. | 34 |
| El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. | 36 |
| DIA III.—San Heliodoro, obispo. | 41 |
| San Ireneo y Sta. Mustiola, mártires. | 46 |
| El Evangelio y Meditacion: De las ilusiones en punto de moral. | 49 |
| DIA IV.—San Laureano, arzobispo de Sevilla. | 53 |
| San Ulrico, obispo de Augsburgo. | 61 |
| El beato Gaspar de Bono, del orden de Padres Minim. | 66 |
| Los santos profetas Oseas y Aggeo. | 78 |
| El Evangelio y Meditacion: Del aprecio y veneracion que debemos hacer de los santos estilos de la Iglesia. | 82 |
| DIA V.—El beato Miguel de los Santos. | 87 |
| El beato Pedro de Luxemburgo, confesor. | 103 |
| Santa Zoa, ó Zoe, mártir. | 110 |
| El Evangelio y Meditacion: De la santidad. | 113 |
| DIA VI.—Santa Lucia, virgen y mártir. | 117 |
| San Goar, presbítero y solitario. | 120 |
| San Isaias, profeta. | 124 |
| El Evangelio y Meditacion: De la indispensable necesidad de hacer penitencia. | 129 |
| DIA VII.—San Fermin, obispo y mártir. | 134 |
| San Odon, obispo de Urgel. | 139 |
| San Guillebaldo ó Willebaldo, obispo. | 141 |
| El beato Lorenzo de Brindis. | 146 |
| San Panteno, padre de la Iglesia. | 155 |
| El Evangelio y Meditacion: De las concurrencias mundanas. | 158 |
| DIA VIII.—Santa Isabel, viuda, y reina de Portugal. | 162 |
| San Procopio, mártir. | 169 |
| El Evangelio y Meditacion: Del vano y falso resplandor de las grandezas humanas. | 176 |
| DIA IX.—San Cirilo, obispo y mártir. | 179 |
| San Eflen, diácono y confesor. | 182 |